



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1861

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor 24

VIERNES 6 DE NOVIEMBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cassini, 11; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL

37 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPANIA Caballos 15

Indignación justa

La reciente huelga de Bilbao, felizmente solucionada por el general Zappino, tuvo dos fundamentos: el deseo de los trabajadores de cobrar por semanas y el odio a las tiendas de los contratistas, en las cuales se veía obligado a comprar el obrero bajo amenaza de despido.

Por lograr ambas cosas han estado los trabajadores varios días en huelga, ayudados por todos los gremios. Por resistirse a satisfacer esas aspiraciones tan justas, ha estado Bilbao muchas horas con la vida suspendida, la nación alarmada, las tropas combatiendo en las calles y el gobierno, aplicado a la tarea de enviar elementos para solucionar esa grave cuestión de orden público.

Seis ó siete muertos y un centenar de heridos costó la jornada, y fuera más sangrienta sin las energías del general Zappino, que impuso de la razón de los obreros y de la sinrazón de los patronos, puso las cosas en su punto obligando á tirios y troyanos á pactar.

Y pactaron—guardando los unos su amor propio y recogiendo los otros sus rencores—con arreglo á una fórmula que fué recibida con

aplauzo de todos, de la nación, de los representantes del país y del Gobierno: que desde el año entrante se hiciera el pago semanal y que desde luego quedaran libres los trabajadores de la esclavitud de las tiendas.

La razón se impuso de tal modo que no hubo quien no reconociera que la fórmula se basaba en lo justo; y al saber que había sido aceptada por patronos y obreros, todo el mundo respiró satisfecho, sintiendo aliviado su espíritu al reintegrarse este en la tranquilidad perdida.

Pero no fué aceptada la fórmula sin reservas mentales. Mientras Bilbao recobraba su aspecto pacífico, borrando las huellas de la lucha en las calles, y el gobierno, la nación y las Cortes aplaudían al general Zappino por su gestión afortunada, algunos patronos estudiaban el modo de huir el compromiso; les era tan penoso no explotar el jornal del obrero por medio de la tienda, que olvidando los miedos recientes y pisoleando la palabra empeñada, dijeron á sus trabajadores:—O compráis en mi tienda ó os despido.

Si no es eso una provocación ¿qué es?

Con razón se indigna el general Zappino; con razón se ha indignado el país; con razón se ha indignado el gobierno; y al reunirse

éste y al tratar de ese asunto y al acordar que se considere penable el hecho de que un patrono obligue á sus trabajadores á comprar en su tienda, ha estado en lo justo interpretando la opinión.

Penable y más que penable es esa provocación de algunos patronos bilbaínos, lanzada no ya á la faz de los obreros sino á la faz de todos cuantos han aplaudido la solución de la huelga de Bilbao. A esos patronos que imprudentemente provocan cuando aún no se han apagado los rescoldos de la pasada lucha y puede haber peligro de que se reproduzca el incendio, debía considerarse como enemigos del orden y juzgarlos así.

Condenamos las demasías del obrero cuando en lucha con el patrono pretende arrancarle de una sola vez—poniéndole en caso de ruina—lo que poco a poco pudiera conseguir fácilmente; pero condenamos también al patrono que valiéndose de la miseria y de la ignorancia del obrero, le merma el jornal por medios siempre reprobados y que han sido condenados en última instancia por la conciencia pública, por las Camaras y por el Gobierno con motivo de la reciente huelga de Bilbao.

Los que con ocasión de cualquier cuestión entre el capital y el trabajo piden el amparo de la fuerza, deben colocarse antes al abrigo de la razón.

TIJERETAZOS

Del periódico de Romero Robledo para el periódico «El País»... y para D. Antonio Maura:

«Lo que sucedió entonces (en las elecciones de diputados) fue que había un alcalde, un gobernador y un ministro de la Gobernación que se dejaron imponer por los

republicanos, abandonando por completo los intereses de la Monarquía que estaban obligados á defender.»

Trasladamos al Sr. Maura, para que tome nota.

¡Vaya un alegato que va á soltar la primera vez que informe!

Si es verbal será preciso oírlo con paraguas.

Si es de votos, ¡valiente chaparrón que va á caer!

Dico un periódico barcelonés:

«A cinco mil quinientas acciando el número de firmas que ha de estampar el alcalde para autorizar las credenciales de presidentes de mesa é interventores para las próximas elecciones.»

Si el nombre es corto y la rúbrica breve, menos mal.

Pero si no es así y tiene que declararse en sesión permanente el alcalde para salir con el trabajo, se va á divertir.

¡Vaya si se divierte!

Como que el nombre y apellido del alcalde de Barcelona escrito cinco mil quinientas veces, no dan de sí más que ochenta y ocho mil letras.

Y luego la rúbrica: unos cuantos kilómetros de rayas.

Si pudiera sacar á subasta la firma, se ponía las botas el señor Boladoras.

En Barcelona se ha roto la Unión Republicana.

Y no para ahí el asunto.

El partido federal se ha roto también en dos pedazos.

Uno de ellos desautoriza los candidatos del otro.

Y viva la armonía.

«La Alcaldía ha remitido un oficio á la comisión de Gobernación, recordándole que urje se cambie el uniforme de verano, que aún usan los serenos, por los propios de la estación en que nos hallamos.»

¡Noviembre, en Barcelona y de verano?

No hago más que pensar en el fervor con que esos ciudadanos mañana votarán.

Si sus votos en la urna recogiera

aquel gobernador, de fijo que el domingo conseguiría no perder la elección. ¡Porque apenas si votada con rabia cuando apriete el frío!

Los restos de Peral

Con este mismo título publica nuestro colega «El Porvenir» un artículo eucorriente del ilustre cartagenero que profundió con desigual fortuna, debida á causas que no hemos de examinar, construir una arma para la defensa de su patria.

Tiene el colega muchísima razón: Peral era un hombre de talento, un gran patriota y de haber tenido en sus manos los recursos que han tenido otros inventores de submarinos extranjeros, tal vez no hubieran sido éstos los primeros en presentar perfeccionada esa arma terrible que sirve para defender las escuadras y los puertos.

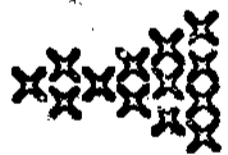
No fué así y no hemos de indagar por qué; pero si hemos de decir con el apreciable compañero que es una vergüenza que los restos del ilustre inventor permanezcan en suelo extraño, lejos de la patria que le tuvo un día por hijo predilecto, y por la cual padeció el sabio electricista largo é inmerecido martirio.

«Cartagena,—dice «El Porvenir»—que siempre ha sabido honrar á sus hijos, tiene el deber de hacer por Peral lo menos que puede hacerse, ya que no podemos un monumento, una estatua siquiera que recuerde á las generaciones futuras, la gloria del humilde y sabio marino, por lo menos debiera trasladar á nuestro cementerio sus restos y erigirle un mausoleo decoroso, aquí en la tierra donde vio la luz primera.

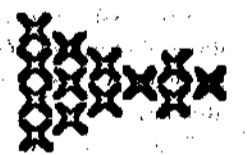
De este modo se honraría así misma, honrando á uno de sus más preciosos hijos. En esta empresa debemos todos prestar nuestra cooperación, y no es ciertamente la prensa la que menos puede hacer en este sentido.

También creemos que el Ayuntamiento debe tomar la iniciativa para conseguir el traslado á nuestro cementerio de los gloriosos restos.»

Estamos conformes. Con los laureles de



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



DOS MISERIAS

325

tabais sin recursos, que de todo creciais, aquí en cambio nada os faltará...

—¡Dejadme,—esclamó Rosalía,—ó pediré socorro!

En efecto, la muchacha empezó á gritar desesperadamente y la Sra. Lamprea entró.

—¿Estais en vuestro juicio?—esclamó.—¿A que viene todo este alboroto? La policía inmediata va á venir.

—¡La policía! Pues ¿qué á caso se ha oído fuera de aquí?

—Pues claro: todos los vecinos están á las ventanillas, que se apercibió de que podía ser oída empezó entonces á lanzar gritos desgarradores.

—¡Tapale la boca,—esclamó la vija aterrada.

—¿Callarás?

—Cuando me permitais salir de aquí.

—Un pañuelo madre Lamprea.

—Tomad,—dijo desatándose el que llevaba al cuello.

—Adrian, servíos de él para tapar la boca á Rosalía, cuyas manos ató en seguida con su propia corbata.

—Así está bien,—esclamó la cantinera;—por lo menos no nos aturdirá.

—Me pagarás toda las que me debes,—esclamó

326 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

Adrian fuera de sí.

—¿Y que vais á hacer de eso arrapiezo?

—Os lo diré: por el instante dejadla como está y cerrar las puertas y ventanas.

—La madre Lamprea hizo lo que ordenó Adrian y salió con él.

329 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

copioso llanto. La crisis que habia sostenido durante algunos días, la habian arrastrado al limite de todas sus fuerzas y todo su valor, y así poco á poco languidez soñolienta se apoderó de todo su ser, por mas que el temor de que volviese á entrar Adrian la sostenia en una zozobra que la impedia dormir.

Muchas horas pasaron sin que el Abadejo se presentara; ningun ruido, ninguna voz se oía en la casa, que parecia una mansión abandonada ó un sepulcro.

Aquel silencio acabó por inquietar á Rosalía; empezó á preguntarse por qué no volvía Adrian ó la señora Lamprea, y esta idea que primero la causaba terror se convirtió en su única esperanza. Al ver extinguirse la luz que penetraba por las rendijas de la ventana, comprendió que la noche habia sucedido al día. El hambre la atormentaba; quiso en vano dormir, y la noche entera pasó, y amaneció el día, siempre en la misma inmovilidad, en el mismo silencio. No pudo contenerse mas tiempo, y llamó sin que nadie le respondiera.

Dominaó profundo espanto. Creyó que se habian propuesto dejarla morir sin socorro, y el hambre, la sed eran á cada instante mas desgarradoras. Comenzó á llamar de nuevo, no con aire de amenaza, sino de llanto, de súplica... Pidió hablar á la señora Lamprea, á Adrian; y por fin la voz le faltó, volvióse á su